

máticos de Tlatelolco un arte de este idioma, que se imprimió en Méjico el año de 1559, en la tipografía de Antonio de Espinosa, cuya obra tuvo en su poder y apreció mucho D. Carlos de Sigüenza.

Fr. Juan Bautista de Lagunas, provincial que fue de Michoacan, escribió tambien en lengua tarasca gramática y doctrina cristiana. Fue natural de Méjico.

El Illmo. Sr. D. Fr. Francisco del Toral, primer obispo de Yucatan, fue el que supo antes que ningun otro religioso la lengua popoloca de Tecamachalco, en la que compuso gramática, vocabulario y algunas otras obras doctrinales. Aprendió tambien el mejicano y fue muy perito en ese idioma.

El venerable padre Fr. Andrés de Castro predicaba con mucha soltura en lengua mataltzinca, y compuso en ella sermones, gramática y vocabulario. El mataltzinca se habla en el valle de Toluca. Acerca de este religioso nos da Vetancurt los apuntes siguientes: "Administró con tanto fervor, que los domingos y dias festivos predicaba tres sermones al dia, á los españoles, mejicanos y mataltzincas: salia á los montes á reducir y convertir infieles; fue grande el número que catequizó, y bautizó con tanto teson, que se le pasaba el dia bautizando los niños, y confesando al sol y al aire, con un jarro de agua que bebia: todo el tiempo que sobraba ocupaba en el oficio divino y en la oracion mental, en que fue muy ferviente; su abstinencia fue singular, porque comia muy poco, una vez en veinte y cuatro horas. Fue muy estimado de los naturales, que aunque les reprendia los vicios con severidad, era con ellos apacible: algunas veces intentó dejar los mataltzincas y pasar á los mejicanos, diciéndoles que no habia de volver á verlos hasta que se enmendasen de sus vicios; pero le salian al camino, unos llorando y otros abrazándose con él, y otros lo volvian al convento en hombros."

Fuera nunca acabar el presente catálogo, si continuásemos la enumeracion de todos los religiosos que enriquecieron la literatura nacional con sus escritos, especialmente de los que se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas. Con todo, no podemos concluir sin hablar del padre Fr. Alonso de Molina, que sobresalió tanto en el conocimiento del mejicano, que su ciencia en esta parte fue reputada infusa. Este es el niño Alonso de quien hicimos mencion como de uno de los que mas contribuyeron á

la propagacion del cristianismo por la eficaz ayuda que dió á los primeros varones apostólicos. El citado cronista asegura que el P. Molina fue el primero que compuso vocabulario de la lengua mejicana, que hasta hoy sirve. Compuso ademas toda la doctrina cristiana, confesonarios y otras muchas obras que dieron luz á los ministros evangélicos.

De los padres Sahagun y Torquemada, célebres historiadores á quienes tanto deben las letras, hablaremos cuando tratemos del colegio de Tlatelolco.

Varias veces hemos mencionado al P. Fr. Juan de Zumárraga, y justo es que no terminemos la relacion de las vidas de nuestros primeros misioneros sin que fijemos en él una mirada. Lo haremos en el siguiente capítulo.

XII.

EL PRIMER ARZOBISPO DE MEJICO.

Recien establecido el cristianismo en el país hubo un fraile venido de España en 1528 con el título de obispo electo y protector de los indios, que tres años despues dirigia al capítulo general de su religion, celebrado en Tolosa, una carta del tenor siguiente:

"Muy RR. PP.: sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos, en la conversion de los infieles, de los cuales (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado mas de un millon de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y mas de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa

cruz. Y lo que pone admiracion es, que antiguamente en su infidelidad, tenian por costumbre en esta ciudad de Méjico, cada año sacrificar á sus ídolos mas de veinte mil corazones humanos, y ahora no á los demonios, mas á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrificios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo qual al mismo solo Dios sea honra, y gloria, el qual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de estos, algunos ayunos, disciplinas, y cotinuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confiésanse á menudo, y reciben con mucha devocion al Santísimo Sacramento del Altar, y con grande alegría predicán la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á maitines, y dicen el oficio entero de nuestra Señora, á quien tienen muy particular devocion. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo qual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó mas bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y ámanlos mas que á sus padres, y tratan verdad con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios: bendito sea él por todo. Entre los frailes mas aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de mas de seis cientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados, los hace casar en los días de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutencion y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz D^a Isabel, seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas

que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios, de varones religiosos. Despues, ellos y ellas enseñan á sus padres gentiles lo que aprendieron: por lo qual parece haber dicho de ellos el profeta David: De la boca de los niños, y de los que aun maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Méjico 12 de Junio de 1531 años."

El religioso que en las líneas precedentes trazó el cuadro mas acabado de sus apostólicas tareas, era el venerable Fr. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico.

Vése asimismo en esa pintura representado fielmente su carácter, tal como era, tal como conviene que el mundo le conozca y aprecie, y no como le desfiguran plumas apasionadas ó aturdidadas, á quienes copian otras servilmente por no tener el trabajo de prepararse á juzgar con alguna dosis de crítica. La cualidad que en él resalta es el ardiente celo por la conversion de las almas al cristianismo; cualidad que se pondrá en su punto por medio de una sucinta relación de la vida del héroe.

Fue este natural de la villa de Durango en Vizcaya, aunque no falta quien diga que lo fue de la de Zumárraga. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Aranzazu de la provincia de Cantabria, y ya profeso vivió allí algunos años, causando á todos admiracion y respeto por sus raras virtudes.

Despues de haber sido guardian del convento de Avila y en seguida definidor y provincial, nos le encontramos presidiendo la comunidad del monasterio de Abrojo, cerca de Valladolid, en donde á los grandes méritos antes conquistados por su santidad, añadió una acción distinguida que le hizo célebre en su tiempo, y cuya memoria ha pasado á la posteridad. Fue la siguiente:

El emperador Carlos V, como todos los hombres de su temple, era aficionado al retiro. Un dia llamó á las puertas del expresado convento con ánimo de pasar en el claustro la semana santa. Recibido y agasajado por los cenobitas como les fue dable, quiso él á su vez pagarles de alguna manera la hospitalidad, á cuyo fin dió orden para que se les ministrase una suma

en clase de limosna con que pudiesen tener en esos dias una comida regalada. ¿Qué hace el venerable Zumárraga? Admite la limosna, pero en vez de destinarla á la comunidad, la distribuye íntegra entre los menesterosos del lugar, no reservando para sí mas que la satisfaccion de haberlo ejecutado.—;Cómo! dijo á sus hermanos: ¡mientras S. M. se retira en este santo tiempo de ayuno por abstinencia, á los religiosos se les ha de permitir regalo!—Ved ahí al fraile.

Prendado Cárlos V de tan bello carácter, estando Méjico conquistado poco tiempo hacia, presenta á Fr. Juan á la silla apostólica para primer obispo del nuevo reino. Opone resistencia el apóstol á aceptar la dignidad que se le ofrece; pero al fin tiene que ceder ante la firme voluntad del monarca, y antes de consagrarse viene á nuestro país en la clase y con el honroso título que dijimos al principio.

Hallábase Méjico á la sazón devorado por la guerra civil. Pesaba sobre la ciudad el yugo de los ambiciosos que habian quedado gobernando en ausencia de Cortés, el cual aun no regresaba de la funesta expedición á Hibueras. Ya hemos presentado el cuadro de esos desórdenes, ante los cuales se pierden de vista los que han turbado la paz de la nación despues de su gloriosa independencia; porque si en nuestros dias se ha derramado la sangre de hermanos en el campo de batalla, no tenemos todavía por fortuna ejemplares de las crueldades, de las bajezas y de las villanías que entonces se cometieron en una sola poblacion para apoderarse del gobierno.

La conducta del venerable pastor fue en esa vez toda de paz y conciliación, hasta que los excesos de la tiranía le obligaron á usar de rigor con los déspotas. Limitado al principio el Sr. Zumárraga á cubrir con su sagrado manto á todas las víctimas, dispensando igual proteccion á indios y españoles, para quienes dispuso un asilo en el convento de San Francisco, valiòse despues de las mas terribles armas de la Iglesia contra los que tratando de burlar ese amparo, estrajeron del convento á los retraidos.

Pero esta misma entereza, esta misma energía le acarrearón la enemistad de los hombres á quienes hacia frente de una manera tan digna: mandan estos á la corte los informes mas desfavorables, tanto respecto de la persona del obispo como de los franciscanos, en que calumnian á uno y otros; impiden que las

cartas y memoriales de los acusados pasen á España; y con tal medida acaso habrian triunfado, si la industria de un marinero vizcaino no hubiera discurrido sacar al mar dentro de una boya embreada una carta del venerable apóstol, y de allí conducirla secretamente hasta ponerla en manos de la emperatriz.

“Aquella carta (dice el Sr. Dávila) produjo todo su efecto, volviendo la tranquilidad á la República con la remocion del gobernador y oidores que se habian arrogado el poder, haciéndoles embarcar de órden de la emperatriz gobernadora para España, á dar cuenta de su irregular conducta. Pasó igualmente á la misma península el venerable Zumárraga para consagrarse de obispo el año de 1532, siendo un nuevo objeto de edificacion el ver la pobreza con que llegó á su patria, volviendo de una tierra de la que todos regresaban ricos. Los dos años que permaneciò en España se ocupò con el mayor empeño en defender con valor apostólico la libertad de los indios, y sacarlos de aquella miseria y vejaciones que sufrían de los encomenderos. Ya desde el año de 1530 se habia espedido la primera real provision para que fuesen manumitidos los indios esclavos, á consecuencia de las muchas y vigorosas representaciones del memorable obispo de Chiapas, D. Fr. Bartolomé de las Casas y otros varones religiosos; pero prosiguiendo los abusos no habia tenido mayor cumplimiento. Nuestro prelado lo representò á la emperatriz, y consiguiò otra nueva órden con el mismo objeto, comisionándosele espresamente para que velase sobre su observancia, renovándosele el título que anteriormente se le habia dado de protector de los indios. Igualmente y en la misma cédula se le facultò para que representase ante el gobierno de Méjico, á fin de que se moderasen los tributos que tanto al rey como á los encomenderos pagaban los indios, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas, y que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios que fabricaban para los españoles. Y no pudo darse la comision á persona mas á propósito y que mas amara á los indios: al venerable Zumárraga se debió la primera reduccion de estos onerosísimos tributos, que en los siglos siguientes llegaron á una cantidad insignificante por cabeza; así como se le debió tambien la esencion del trabajo de las minas, de la siembra de caña y de otros penosísimos con que los neófitos eran oprimidos por los encomenderos.

“Habiendo regresado á la Nueva-España en 1534, con una escogida y copiosa mision de religiosos de su órden fue recibido en Méjico con sumo honor de parte de los conquistadores, y mucha mayor alegría de la de los indios, que lo amaban cordialmente. Desde luego comenzó á aliviar su suerte corporal, consiguiendo si no todas las ventajas que queria y para las que venia comisionado, cuantas le fue posible á favor de sus amados indios, en aquella época tan difícil y comprometida para los ministros del Evangelio que tenian que chocar de frente con hombres ambiciosos, soberbios y en lo general de desarregladas costumbres. Pero considerando que su mision, mas bien que de ausiliar las necesidades corporales, era la de convertir las almas de que habia sido nombrado pastor, con mayor empeño se dedicó á instruir á los indios en sus deberes de cristianos y en arrancar de sus corazones los vicios y supersticiones de la idolatría; y al efecto él mismo tomó á su cargo este cuidado, sin desatender por esto los demas officios públicos de su cargo pastoral. En la Catedral, recién edificada, señaló un lugar donde tenia púlpito y altar para decir misa y predicar diariamente á los indios, negros y demas gente de servicio de los españoles: su enseñanza no era solo en comun y dirigiéndose á todos, sino que con un celo verdaderamente apostólico y paternal, á cada uno iba enseñando perfectamente la doctrina cristiana, les esplicaba los misterios, les hacia las preguntas necesarias y los examinaba con mayor atencion que si fuera un simple maestro de escuela.”

Ademas de los servicios que van enumerados, la humanidad debe al Sr. Zumárraga otro no menos importante, como fue el establecimiento de varias casas de beneficencia, entre otras, un hospital en Veracruz y otro en esta ciudad, conocido primitivamente con el nombre de San Cosme y San Damian, y despues con el del Amor de Dios, el cual estaba destinado á los que padecian enfermedades venéreas, y ocupaba el mismo local donde hoy está la Academia de Bellas Artes. Toda la renta del obispado no pasaba por sus manos sino para ir á las de los pobres, y se refiere con este motivo, que no teniendo una vez que dar á un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro — Ved ahí al obispo.

Despues de lo dicho, no parecerá exagerado lo que asentamos en órden á su carácter, señalando en él, como la cualidad

de mas bulto, el ardiente celo por la conversion de las almas al Evangelio. Pero este mismo celo es el que, considerado por sus detractores como un fanatismo absurdo, ha dado origen á un hecho memorable que se cita en su contra para graduarle de bárbaro: Zumárraga mandó reducir á cenizas un cúmulo de manuscritos aztecas en la plaza de Tlatelolco ó en la de Texcoco, segun otros opinan, aniquilando de esa suerte quizá los monumentos mas preciosos de la historia, de la poesia y de la literatura indígenas. Es cierto el hecho; y si no nos equivocamos, el mismo religioso alude á él en esta espresion que forma parte del citado documento: *y mas de veinte mil figuras de demonios que adoraban (los indios) han sido hechas pedazos y quemadas.* Pero ¿comprendia él todo el alcance, toda la trascendencia de su accion?

Hablando de ella el Sr. Prescott se espresa en estos terminos:

“El primer arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Texcoco, la capital mas culta de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, segun lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlatelolco, y luego fueron reducidas á cenizas. Su mas célebre compatriota el arzobispo Jimenez habia celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás habia conseguido el fanatismo un triunfo mas señalado que el de la destruccion de tantos documentos curiosos del ingenio é instruccion humana.”

Comprendemos bien que un escritor de las prendas del célebre historiador americano, rara vez deja pasar una coyuntura como esta sin asestar un epigrama; pero de aquí á rendir á la verdad en todo caso el homenaje que merece, hay una enorme distancia. ¿Qué punto de comparacion ofrece, bien mirado, el hecho de Zumárraga con el del califa sucesor de Mahoma?

“Si estos libros dicen lo mismo que el Alcoran, son inútiles; y si lo contrario, perjudiciales.”

Tales fueron, segun se refiere, las palabras que dijo Omar al mandar quemar la biblioteca de Alejandría; palabras que revelan toda la fatuidad de un exclusivismo intolerante y desmedido; palabras nacidas de una inteligencia encastillada en una sola idea, fuera de la cual no concibe nada bueno ni útil.

No era esta á la verdad la creencia del venerable obispo, porque de lo contrario era menester suponer que no juzgaba bueno ningun libro, sino el Evangelio.

No, la falta de instruccion fue lo que le indujo á obrar de esta manera. Recuérdese que España en el siglo décimosexto, si bien sobresalió en poesía, se hallaba en un atraso lamentable respecto de los otros ramos del humano saber, no cultivando con buen éxito en punto á ciencias mas que las teológicas.

¿Cómo podia, pues, el Sr. Zumárraga dar á los manuscritos de que se trata toda la importancia que en sí tenían?

De ninguna manera.

Pero sí veía en ellos un obstáculo, y no pequeño, para que los aztecas viniesen á la fe cristiana, y para que se afirmasen mas en ella los neófitos. Tal era la creencia comun, y así lo asienta el mismo Prescott cuando dice, "que los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos (los manuscritos), escitaban sospechas; porque eran vistos como escrituras mágicas y á la misma luz que los ídolos y templos, como los símbolos de una supersticion pestilente que debia estirparse."

Pues bien: el obispo de Méjico quiso remover un obstáculo, quitar un peligro, y eso es todo; se hizo el instrumento de una necesidad que los demas comprendian como imperiosa, y la prueba de ello es, que nadie condenó aquella accion como un atentado, y antes bien parece haber sido reputada muy natural y edificante: en una palabra, se doblegó á la influencia del tiempo y las circunstancias, á la mas poderosa todavía de la opinion autorizada; y cierto, nadie sino el númen goza el privilegio de ser superior al siglo en que vive.

Depurado este hecho, terminemos la relacion de la vida de nuestro fraile.

Fiel observante como obispo de la ley de pobreza evangélica, tanto quanto eran otros aficionados á atesorar riquezas para sostener un boato escandaloso, vivió siempre como simple fraile, mostrándolo así en el menaje, en el vestido y la comida. Llegó en este punto á tal extremo su escrupulosidad "que por haberle dicho cierta vez, con motivo de unas pobres colgaduras que se habian puesto en la sala de recibir del palacio, que ya era obispo y no fraile, se conmovió tanto, que al momento comenzó él mismo á quitar aquel adorno, diciendo con lágrimas á sus fa-

miliares:—Dícenme que ya no soy fraile sino obispo; pues yo mas quiero ser fraile que obispo."

Acreditó este deseo renunciando varias veces el obispado y aun abandonando el puesto, como lo hizo cuando en compañía del padre Valencia y de Fr. Domingo de Betanzos dispuso pasar á China á predicar la doctrina de Jesus, como simple misionero.

Pero Dios le tenia destinado no solo para esa alta dignidad, sino para la de primer arzobispo de Méjico, pues que estando ya establecidas las diócesis de Puebla, Guatemala, Oajaca, Michoacan y Yucatan, el sumo Pontífice Paulo III le envió en 1545 el sagrado palio para sí y para sus sucesores. Con todo, no llegó á tomarlo. Rehusando aceptar el arzobispado, y para librarse de los ruegos de los que querian obligarle á doblar el cuello á esta nueva carga, se retiró al pueblo de Tepetlaoztoc, donde á la sazón moraba su íntimo amigo el venerable Betanzos. El cansancio del camino, su avanzada edad, que pasaba ya de ochenta años, así como la fatiga consiguiente á una tarea tan pesada como la de haber confirmado en el pueblo en cuatro dias catorce mil quinientos naturales, quebrantaron su salud de tal manera, que ya solo pensó en disponerse para morir. Agrávase su enfermedad; vuelve á Méjico conducido por los religiosos sus hermanos, que deseaban atenderle con mas esmero; pero todo es inútil, y espira en los brazos del venerable Fr. Domingo de Betanzos en la mañana del domingo despues de la fiesta de Corpus del año de 1548.

Poco antes de morir manifestó deseo de que su cadáver fuera supultado en el convento de su orden; pero el virey y la audiencia dispusieron que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varon ilustre perdian á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

MISIONES.

La religion de San Francisco fue una planta que se aclimató en nuestro suelo y estendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenia la raíz en Méjico y las ramas dilatadas hasta los pueblos mas estraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la órden seráfica en pro de la causa de la civilizacion de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las mas importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevian á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenian verificativo aun antes de que espirase el siglo décimosesto, no puede menos el corazon de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, seria emprender una labor para cuyo desempeño no bastarian algunos volúmenes; seria tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intencion.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenian por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecian escuchar la palabra de vida: de ellas unas se debian solo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

XIV.

NUEVO-MEJICO.

La provincia de este nombre fue descubierta por el capitán Francisco Hernandez Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cíbola; pero no fundó poblacion ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la traslacion y establecimiento de misioneros, lo que llamaban estos *hacer una entrada*. No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que esta llegara á verificarse, y fue con ocasion del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustin Rodriguez, el cual salió de Méjico llevando en su compañía dos sacerdotes del convento, que fueron Fr. Francisco Lopez y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hácia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-Méjico.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de Méjico, tomó por distinto rumbo del que habian seguido, y á los tres dias de camino cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, D. Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados, y un misionero, el P.